

El nacionalismo y el campo liberal argentinos ante el neutralismo: 1939-1943

LEONARDO SENKMAN

Universidad Hebrea de Jerusalén

Este artículo se propone discutir el neutralismo, no sólo como una categoría geopolítica, sino como mito movilizador interno, para evaluar el papel que cumplió el campo político e intelectual del liberalismo simpatizante de los Aliados durante los gobiernos de los presidentes Ortiz y Castillo. Además, pretende conceptualizar algunas críticas de sectores nacionalistas neutralistas a ciertas corrientes pro-Eje del nacionalismo que apoyaron la política internacional de Castillo y Ruiz Guiñazú.

Una interpretación de historia política e intelectual mecanicista atribuye en bloque sólo al campo nacionalista simpatizante del Eje el apoyo a la política internacional neutralista del gobierno de Ortiz, y luego de Castillo. Esta interpretación también desconoce las dudas y vacilaciones de sectores del campo liberal –originalmente neutralista– que sólo después se alinearán junto a posiciones pro-aliada y rupturista, de la misma manera que olvida las diferencias ideológicas al interior del campo nacionalista respecto al neutralismo.

Me propongo desmistificar este esquema interpretativo de un período tan complejo de la historia política argentina, y de sus relaciones internacionales, analizando algunas discontinuidades ideológicas y rupturas en las alineaciones políticas de ciertos representantes de ambos bloques –aliadófilos y neutralistas¹; mi hipótesis central es que el comportamiento de ambos actores colectivos estuvo motivado más por razones de política interna que por motivos ideológicos de la política internacional. En tal dirección, una revisión histórica del neutralismo de ambas coaliciones políticas argentinas durante la guerra constituye un "case study" interesante para incorporar, interdisciplinariamente, abordajes de la historia intelectual y política a los enfoques de las relaciones internacionales.

El campo político pro-aliado y el neutralismo

El campo liberal pro-británico de los dirigentes políticos conservadores, y también de la UCR, a pesar de las simpatías pro-aliadas de numerosos líderes del principal partido de oposición, aceptaron la declaración de neutralidad del presidente Ortiz sin ninguna reserva, conforme a la tradición neutralista del país desde la Primera Guerra Mundial. En tal sentido, es significativa la posición del editorial del diario liberal *La Prensa*² –diario independiente del gobierno pero simpatizante de la causa de los países democráticos europeos– al expresar que la neutralidad "para América es un deber, pero también un indiscutible derecho digno de ser respetado y defendido". Un mes después, *La Prensa* publicaba otro editorial, en el que intentaba diferenciar los efectos de la neutralidad de Argentina ante la Primera Guerra Mundial de la actual, afirmando que, a diferencia de la conmoción suscitada en la opinión pública en 1914, en 1939, en cambio, se vivía una "juiciosa serenidad (...) que no es indiferencia ni egoísmo". La razón era que en primer término se colocaba la paz y el bienestar de los pueblos de América, los cuales efectivamente lamentaban los hechos dolorosos europeos, "pero ya no los toman como suyos", y si en 1914 "existía en nuestro medio una verdadera beligerancia", hoy, en cambio, "hay una juiciosa neutralidad".³ *La Prensa*, a pesar de sus simpatías pro-británicas, sólo pedirá la ruptura de relaciones diplomáticas con el Eje recién el 28 de enero 1942, después de la entrada de EE.UU. a la guerra y la presión norteamericana en la reunión panamericana de Río.

Por su parte, el neutralismo del gobierno argentino fue recibido por la opinión pública liberal como una posición internacional común de no involucramiento en la guerra europea, compartida por los países latinoamericanos que, en la Primera Reunión Interamericana de Consulta en Panamá, ratificaron la declaración sobre neutralidad en el conflicto bélico, exigiendo a los beligerantes el respeto de la zona de seguridad de 300 millas mínimas en torno al continente. La reacción de Argentina y Uruguay ante la Batalla del Río de la Plata entre el acorazado alemán *Admiral Graf Spee* y los cruceros británicos y neozelandés, en diciembre de 1939, simbolizó la neutralidad tal y como la entendían sus gobiernos: la internación por decreto del gobierno argentino de la tripulación y oficialidad del acorazado y la protesta conjunta de los países americanos ante Gran Bretaña y Alemania por violación de aguas territoriales, de acuerdo con la declaración de Panamá.⁴ En el caso argentino, no obstante, fue el propio gobierno –y no la opinión pública democrática– que demandó enérgicamente la iniciativa de poner en práctica la definición de neutralidad y protestar por la violación de la zona de seguridad establecidas en la conferencia de Panamá.

El caso del *Graf Spee* impulsaría al gobierno de Ortiz a proponer a los

EE.UU., a partir de enero de 1940, una política más agresiva ante los beligerantes que las meras protestas multilaterales recomendadas en la conferencia panamericana para proteger los derechos de los neutrales. En cambio, hasta la creación de la organización pro-aliada *Acción Argentina* en junio de 1940 no se registró ninguna expresión pública de la sociedad civil en favor de un cambio de la actitud neutralista formal. Sin embargo, conmovidos por la ofensiva nazi en Europa Occidental, y en especial después de la caída de París, un grupo de intelectuales y políticos de las clases dirigentes conservadoras, junto a socialistas y radicales, expresarán sus temores ante el avance del nazismo en el país. Figuras como Federico Pinedo, Victoria Ocampo, Nicolas Repetto, Julio A. Noble y Emilio Ravignani integraron la Junta Ejecutiva Central de *Acción Argentina* a fin de organizar a la opinión pública, con el objeto de luchar más bien contra la infiltración nazi en el país que para obligar al gobierno de Ortiz a cambiar su política internacional. La primera proclama de *Acción Argentina* fue dada a conocer en junio de 1940 y lograron organizar, en tres meses, cerca de 300 filiales en todo el país. No obstante, la agitación callejera y la movilización de masas de *Acción Argentina* recién se produciría bajo el gobierno de Castillo, cuando la entidad pro-aliada organizara un multitudinario Cabildo Abierto, en mayo de 1941, con la participación de 347 delegados de todo el país.⁵

Con todo, hasta el retiro de Ortiz por enfermedad y su reemplazo por el vicepresidente Castillo —en julio, 1940—, la oposición Radical, que había logrado por primera vez desde 1930 la mayoría en la Cámara de Diputados (80 diputados contra 71 de la Concordancia y 5 Socialistas), actuará en el Congreso en base a consideraciones de estricta política interior, sin tomar en cuenta razones significativas de política internacional. Prueba de ello fue la ausencia de toda propuesta de apoyo por parte de la Cámara de Diputados a la proposición del canciller Cantilo sobre la revisión del concepto de neutralidad, que éste elevó confidencialmente a los Estados Unidos el 19 de abril de 1940, contra el trasfondo del incidente del *Graf Spee* y una voluntad de alinearse más comprometidamente con las fuerzas aliadas anti-Eje.

El arrollador avance alemán sobre Dinamarca y Noruega conmovió a la opinión pública democrática, que percibía, simultáneamente, el avance de los grupos pro-nazis en el país, mas no influyó lo suficiente para apoyar el cambio de la política internacional del gobierno de Ortiz, quien había juzgado la coyuntura como adecuada a los efectos de buscar el apoyo de los EE.UU. Pero tampoco los mismos norteamericanos aceptaron el proyecto de sustitución de la neutralidad por la no beligerancia que promovió el canciller Cantilo para favorecer a los Aliados, y su iniciativa fue rechazada por inoportuna, al decir del Subsecretario de Estado norteamericano Summer Welles.

El desaire que significó el rechazo norteamericano de la propuesta de no beligerancia de Cantilo debilitó la postura aliadófila del gobierno conformada por Ortiz-Cantilo y reforzó el nacionalismo de la oposición, que rechazaba todo pedido de ayuda yanqui restándole, así, el apoyo al gobierno de los más poderosos grupos comerciales argentinos neutrales a ultranza.⁶ A pesar de que la iniciativa fue concebida para fortalecer la posición internacional del presidente, también propendía a obtener ayuda económica de los EE.UU. para aliviar los difíciles compromisos financieros de Argentina y ganar *plafond* para paliar la crisis política del gabinete originada luego de la intervención a la provincia de Buenos Aires, por lo cual la Unión Cívica Radical hizo prevalecer sus consideraciones de política interna a sus simpatías pro-aliadas. En efecto, la UCR no salió a defender en la Cámara de Diputados la propuesta de no beligerancia, aun después de que los conservadores y simpatizantes del Eje, como el senador Matías Sánchez Sorondo, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, solicitara la comparecencia de Cantilo, quien explicó –el 16 de mayo de 1940, ante el Senado– los fundamentos pro-Aliados de su iniciativa. Este primer *test* de la oposición democrática parlamentaria es relevante para entender que su apoyo a la causa aliada no iba más allá de declaraciones públicas a la prensa, dejando morir iniciativas como la de Cantilo, cuya aceptación podría haber cambiado la política interamericana argentina durante el curso de la Guerra Mundial, máxime cuando Uruguay y Chile parecían estar de acuerdo con la propuesta argentina, no obstante la confidencialidad de las consultas con los EE.UU.⁷

Tampoco quisieron la UCR y la oposición democrática comprender la iniciativa del jaqueado presidente Ortiz cuando presentó un anteproyecto al Congreso para contrarrestar la propaganda de los grupos pro-Eje que acusaban al canciller Cantilo y al sector pro-aliado del gobierno de "venderse a los norteamericanos". El anteproyecto de Ley de Orden Público, que proscribía cualquier conducta que no fuera neutral, suscitó entre los partidos y la opinión pública democráticos el temor de caer en la trampa de las facultades de represión del Poder Ejecutivo, negándose a ver los esfuerzos de Ortiz por utilizar medidas legales para detener el avance en Argentina de aquellas fuerzas no neutrales que favorecían al Eje. En este segundo *test* parlamentario, los partidos democráticos se unieron a los conservadores para lograr un consenso nacionalista y detener el giro del gobierno hacia una posición pro-Estados Unidos.⁸

Luego del reemplazo de Ortiz por Castillo, como vice-Presidente de la Nación en ejercicio del Poder Ejecutivo, el principal partido de oposición del campo liberal –la UCR– exigirá cambiar la política neutralista del gobierno, al que hasta entonces apoyaban por la línea regeneradora de Ortiz de poner

fin al fraude electoral, y, de tal modo, calculaban, quedaría expedito el posible triunfo electoral de los Radicales. Sin embargo, este cambio de la posición internacional de la UCR después del relevo de Ortiz en realidad obedecía más a la oposición a Castillo por razones tácticas de enfrentamiento con su política interna, que a consideraciones estratégicas de política internacional.

A pesar de que la oposición estratégica a Castillo por razones de política interior utilizaba un discurso aliadófilo, la UCR descartó toda posibilidad de apoyar siquiera táctica y críticamente a los nuevos ministros pro-Aliados del gobierno. En efecto, dentro del nuevo gabinete fueron designados ministros anti-Eje, como Julio A. Roca, en la cartera de Relaciones Exteriores, y Federico Pinedo, en Hacienda, ambos vinculados al general Justo y bien dispuestos hacia los Estados Unidos. Empero, la oposición decidió denunciar solamente las tendencias neutralistas a ultranza de Castillo acusándolo de buscar apoyo sólo entre nacionalistas simpatizantes del Eje, tanto en el Ejército como en los sectores conservadores anti-Radicales. A su vez, este apoyo a Castillo de militares y civiles provenientes del nacionalismo fue denunciado por las organizaciones pro-aliadas, como el *Comité De Gaulle y Acción Argentina*, por supuestos contactos con agentes subversivos de países del Eje en el territorio nacional.

Acaso el ejemplo más elocuente del comportamiento de la oposición parlamentaria de la UCR, orientada por su táctica de política interna –y no externa– para combatir a Castillo a fines de 1940, fue el rechazo de los Radicales en el Congreso al Plan Pinedo de reactivación económica. En una coyuntura en que los mercados cerealeros europeos para Argentina estaban amenazados por la guerra, Pinedo creyó oportuno reorientar el comercio argentino hacia los EE.UU., donde estaba seguro de obtener financiación para las medidas proteccionistas que sugería en materia agropecuaria y manufacturera. Esta reorientación en materia económica hacia los EE.UU. suponía para Pinedo –y también para otros conservadores como Roca y el mismo general Justo– un necesario *rapprochement* a las obligaciones panamericanas de la política hemisférica de Washington, incluida la revisión del neutralismo a ultranza. Sin embargo, la oposición Radical combatió sin reservas el Plan Pinedo, tomando en consideración exclusivamente argumentos anti-proteccionistas en nombre de los consumidores y agricultores.⁹ En la Cámara de Senadores, el Plan fue aprobado por los 17 votos de los conservadores contra 3 de los Radicales. Empero, la UCR impidió que se tratara la iniciativa en la Cámara de Diputados, que estaba bajo su control absoluto. La ceguera de la oposición Radical también les impidió ver los serios intentos de Pinedo de llegar a un "acuerdo patriótico" con la UCR, el

cual permitiría la eliminación del fraude electoral y el eventual triunfo de un gobierno radical.¹⁰

Las fuerzas democráticas, liberales y de izquierda pro-aliadas utilizarán el teatro de la Guerra Mundial como escenario para intentar legitimar su oposición política interna al gobierno de Castillo impostando un dramático discurso ideológico antinazi a escala de la política internacional. Los cambios de gabinete, en enero de 1941, favorecieron esa impostación discursiva. En efecto, la renuncia del ala pro-americana del gabinete, en desacuerdo con la posición neutralista de Castillo, dejó expedito el camino para arrojar al vicepresidente conservador en brazos de sus apoyos nacionalistas y simpatizantes del Eje: el ejemplo más flagrante fue el reemplazo de Julio A. Roca por Enrique Ruiz Guiñazú. A partir de entonces, el gobierno volverá a legitimar la técnica del fraude electoral y reprimirá la oposición, que estrechará filas para combatir la política interior de Castillo denunciándola como si fuere consecuencia de su política internacional. Dos acontecimientos de la Guerra Mundial favorecerán este giro: la invasión alemana a la URSS (junio, 1941) y el ataque japonés a Pearl Harbor (diciembre, 1941).

Después de junio, 1941, la coalición opositora del campo liberal, la izquierda parlamentaria socialista y las fuerzas extra-parlamentarias en torno al proscripto Partido Comunista empezaron a utilizar la crítica al neutralismo como un arma de lucha discursiva contra el gobierno de Castillo. Pocas semanas antes de la invasión alemana a la URSS, esta coalición pudo medir sus fuerzas en el Cabildo Abierto que organizó *Acción Argentina* en el Consejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires (22 de mayo, 1941) para denunciar el nazismo y sus adláteres en el país, adhiriendo a la causa aliada. Participaron desde el líder radical Marcelo T. de Alvear, dirigentes Socialistas y Demócrata Progresistas, hasta el ex canciller Cantilo.

Finalmente, la entrada de EE.UU. a la guerra y la Conferencia de Consulta en Río de Janeiro marcaron un giro total de la coalición opositora pro-aliada para combatir la política de represión interna de Castillo, invocando premeditadamente consideraciones de política internacional. El esbozo de lo que habría de ser la futura Unión Democrática hará su debut con la táctica del Comintern de apoyar a los partidos burgueses pro-anglosajones para combatir el totalitarismo nazi-fascista. Este frente opositor, simultáneamente anti-nazi y anti-Castillo, logrará la movilización popular de amplios sectores políticos del liberalismo, el socialismo y el conservadurismo, que rehabilitarán a las fuerzas simpatizantes del proscripto Partido Comunista, mientras los Radicales se sumarán a fines de 1942.

La polarización de fuerzas democráticas pro-aliadas vs. nacionalistas

neutralistas, a pesar de que cada una de ellas utilizaba discursos y *slogans* tomados de la Guerra Mundial, reprodujo a ojos de ambos campos adversarios la línea divisoria que los enfrentaba en el escenario político interno argentino. Si los nacionalistas del ejército y los civiles veían en organizaciones civiles como *Acción Argentina* y *Junta de la Victoria* el espectro del surgimiento de un peligroso Frente Popular, orientado por los comunistas, al que creían capaz de tomar el poder como en la Europa prebélica, por su parte, los demócratas pro-Aliados veían al gobierno de Castillo como el espectro de un gobierno títere de los sectores pro-Nazis.¹¹

No es casual que los Radicales sí buscaran denunciar a las figuras más filonazis de apoyo a Castillo, sea a Ruiz Guiñazú en el gabinete, o a generales como Ramírez o Pertine, y no obstante fingían ignorar que también Castillo evitaba irritar en materia internacional a sus apoyos políticos internos entre los antipersonalistas y conservadores pro-británicos que convalidaban el fraude electoral.¹² Si durante el gobierno de Ortiz la oposición Radical y Socialista se abstuvo de utilizar la liza parlamentaria para combatir el neutralismo del gobierno, en contraste, a partir de junio, 1941, el bloque opositor democrático utilizará el Congreso como escenario principal de su lucha contra el gobierno de Castillo atacando los flancos débiles de su política internacional.

Un ejemplo de ello fue el oportunismo con que la oposición reflotó en junio de 1941 la investigación parlamentaria de actividades nazis en el país. Desde hacía dos años (junio, 1939), la Comisión de Asuntos Constitucionales de la Cámara de Diputados tenía a su cargo la investigación de las actividades ilícitas de organizaciones genéricamente llamadas antiargentinas, después de que no prosperaran, en 1938, los proyectos de los diputados Dickmann, Damonte Taborda, Araujo, Pinto y Anastasi, que propusieron la investigación de actividades pro-Nazis en Argentina. Pero, a pesar que desde marzo de 1940 la oposición Radical tuvo mayoría en la Cámara de Diputados, recién en junio, 1941, la UCR decidió reactivar esa investigación con el pretexto de la inoperancia de la Comisión de Negocios Constitucionales.

La nueva Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas se constituyó el 20 de junio, recibiendo numerosas denuncias. Fue presidida por el radical Raúl Damonte Taborda y, en una etapa posterior, sería encabezada por el socialista Juan A. Solari. La publicación de los informes de la Comisión, con sus revelaciones sensacionales que comprometían a organizaciones sociales, educativas, políticas y diplomáticas alemanas (aunque no comprobó actividades de espionaje pro-Eje), implicó también a grupos y periódicos nacionalistas, desprestigiando a Castillo, quien hizo caso omiso de sus conclusiones.¹³

Luego del ataque japonés a la base de Estados Unidos en Pearl Harbor

(7 diciembre, 1941), la opinión pública pro-aliada exigirá un cambio de posición internacional de la Argentina, aleccionada por la declaración de guerra al Eje por parte de nueve estados de América Central y el Caribe y la ruptura de relaciones diplomáticas por parte de México, Colombia y Venezuela. El gobierno de Castillo, junto con Bolivia, Chile y Uruguay, concedieron a Estados Unidos el *status* de no beligerante. En el orden interno, coincidiendo los acontecimientos del curso de la guerra, la opinión pública argentina se sintió sacudida por el fraude electoral en las provincias de San Juan y Buenos Aires. La oposición organizó movilizaciones públicas para adherir a la causa aliada y solidarizarse con los EE.UU., a la par que criticaba al gobierno por el fraude electoral gracias al cual consagró gobernador de la provincia de Buenos Aires al conservador Rodolfo Moreno. En esas circunstancias, Castillo decretó el estado de sitio (17 de diciembre, 1941), con el ostensible propósito de reprimir la oposición y salvaguardar la política de neutralidad. A partir de ese momento, el gobierno utilizaría con frecuencia el estado de sitio para reprimir manifestaciones y actos de las organizaciones pro-aliadas.

Pocos días después de la medida, se prohibió un mitin público que organizaba *Acción Argentina* en homenaje al presidente Roosevelt. Esa disposición fue acompañada por la suspensión de otros actos pro-Aliados y la prohibición de difundir "rumores", artículos o comentarios críticos de la política exterior del gobierno, que afectasen la neutralidad.¹⁴ En consecuencia, la oposición replicaría que Castillo utilizaba el pretexto de la censura de prensa sobre política exterior con el designio de acallar las críticas a la política interna que legitimaba el fraude electoral de su régimen.¹⁵

Durante 1942, varias organizaciones pro-aliadas de la sociedad civil argentina exigían del gobierno el abandono del neutralismo mediante paquetes de resoluciones que criticaban la gestión interna de Castillo. Así, el III Congreso de la Federación Universitaria Argentina reclamaba la ruptura de las relaciones con los gobiernos del Eje, al igual que el Consejo Central Confederal de la CGT.¹⁶

En respuesta, el gobierno endureció sus vínculos con la oposición negando permisos para realizar actos de solidaridad con los Aliados, especialmente a favor de la URSS, prohibiendo las organizaciones colaterales del proscrito Partido Comunista. Según fuentes policiales, durante 1942 se prohibieron 257 actos políticos de la oposición y se clausuraron centros considerados antidemocráticos, incluidos algunos comunistas junto con unos pocos pro-Nazis (p.158).¹⁷

La UCR utilizará la mayoría en la Cámara de Diputados para exigir el levantamiento del estado de sitio, mientras que la Cámara de Senadores aprobaba sucesivas prolongaciones del mismo. El recrudecimiento de las

tensiones entre los Estados Unidos y el gobierno de Castillo, luego de la reunión de consulta en Río, llegará en los primeros meses de enero, 1942, a un serio deterioro en las negociaciones por la posición neutralista a ultranza de Argentina. Ruiz Guiñazú expresaba en marzo de 1942 al embajador británico en Buenos Aires que la Argentina seguiría neutral y no se vería afectada si ganaba Alemania la guerra, y que confiaba en suscitar bloques subregionales en América Latina para ejercer el liderazgo.¹⁸ La UCR decidió en junio de 1942 solicitar informes al canciller sobre la política exterior y votó su solidaridad con México, que había declarado la guerra al Eje ese mes. En julio la Cámara de Diputados censuró al canciller Ruiz Guiñazú por el incumplimiento de los compromisos asumidos por el país en Río de Janeiro. En su respuesta, el canciller expresó que EE.UU. estaba tratando de dominar el continente y reiteró la normalidad de las relaciones que unían a la República con los países del Eje. A mediados de julio, los diputados radicales Damonte Taborda y Silvano Santander renunciaron a la Comisión Investigadora de Actividades Anti-Argentinas, denunciando ante el gobierno que la misma enfrentaba dificultades y trabas para actuar.

Tras la declaración de guerra al Eje por parte de Brasil recrudeció la agitación del campo pro-aliado en Argentina. Al tiempo que denunciaba a Castillo por el acuerdo comercial que firmó el gobierno en agosto con la España de Franco, un país neutral pero notoriamente inclinado hacia el Eje, el campo pro-aliado publicaba informes de la Comisión de Actividades Anti-Argentinas sobre el presunto espionaje de los agregados naval y cultural de la embajada alemana, y denunciaba que José Ignacio Ramos, agregado de prensa de la embajada de España, participaba en un comité pro-Eje que contralaba la actividad totalitaria desde Buenos Aires.¹⁹ El 10 de septiembre la UCR había decidido apoyar la ruptura de relaciones con el Eje, y el 29 de setiembre, por iniciativa de radicales y socialistas, la Cámara de Diputados expresó su apoyo a los compromisos asumidos en Río y pidió la ruptura inmediata de relaciones con el Eje. El resultado fue 67 votos a favor de la ruptura y 64 en contra. El Senado se negó a debatir la cuestión. El presidente Castillo, al recibir la comunicación de la Cámara de Diputados, simplemente "tomó nota" y manifestó al presidente de la Cámara que "la conducción efectiva de las relaciones exteriores de la República compete al Poder Ejecutivo".²⁰

A pesar de que el ala sabattinista de Córdoba y los hombres de FORJA guardaron una posición yrigoyenista neutralista, hubo dentro de la UCR figuras yrigoyenistas –como Moisés Lebenson y otros precursores del Movimiento de Intransigencia y Renovación– que adoptaran una postura pro-aliada. En el ideario de Lebenson influyó la democracia de Roosevelt y el desprecio al nazismo. En 1942, escribía Lebenson apasionadamente: "Desde

aquí seguimos, con el corazón anhelante, los avances y retrocesos de este nuevo mundo que rubrican con sus vidas los hombres y jóvenes de la libre Gran Bretaña, de la heórica Unión Soviética, de los potentes EE.UU. y de la legendaria China". Sin embargo, ya en 1944, cuando la victoria de los Aliados estaba casi definida, Lebonson condicionaba su apoyo a la causa aliada, no a sus regímenes imperiales, pero sin retornar a la tradicional concepción yrigoyenista neutralista, compartida por FORJA, y declaraba: "Definimos nuestra fervorosa adhesión a la causa de las Naciones Unidas, de cuya victoria depende la perduración de la que liberamos. Estamos con el pueblo de EE.UU., pero no con Wall Street y sus proyecciones imperialistas; con el de Gran Bretaña, mas contra la City".²¹

El campo intelectual liberal y el neutralismo

Algunas figuras del campo intelectual liberal argentino simpatizantes de los Aliados también sostenían una postura neutralista. Una muestra representativa de esta posición, hasta la caída de París, la componen miembros destacados del grupo SUR. Un ejemplo paradigmático fue el poeta Oliverio Girondo. Este irreverente esteta, desacralizador del arte, la religión y las costumbres, que acompañó desde sus inicios a las vanguardias literarias despolitizadas de los '20, no obstante, a partir de 1937, irá adoptando posiciones en pro de un aislacionismo de Argentina respecto de los conflictos europeos y a favor de una posición nacionalista latinoamericana. En 1940, Oliverio Girondo escribió un opúsculo, luego de la caída de París –"Nuestra actitud ante el desastre"–, donde reclamaba de los argentinos "apartarse de Europa", y aprovechar "las circunstancias propicias" de la contienda "para resolver nuestros problemas y enfrentarnos, de una manera auténtica, con nuestra realidad". Los problemas a que aludía Girondo no eran poéticos sino políticos y económicos, tales como la dependencia argentina de los centros hegemónicos europeos. Y si se alarmaba ante la penetración nazi, que fue denunciada por sus amigos democráticos en el país, advertía, además, de la necesidad de denunciar a todos –y no sólo a uno– de los centros hegemónicos europeos en Argentina:

"No basta, por lo tanto, denunciar la existencia de la organización nazi entre nosotros, ni delatar los peligros muy reales que ella entraña. Hay que eludir toda solución fragmentaria y convencernos de que el momento es tan grave que no permite ningún escamoteo. Hay que comprender, sobre todo, que no existe otra manera de combatirla, ni de aunar la

opinión pública del país, que indicarle que ha llegado el momento de liberarnos, de una vez por todas, de la opresión económica, casi secular, que nos asfixia".

Coincidiendo con escritores anti-imperialistas del campo nacional como Raúl Scalabrini Ortiz, ex colaborador de *Martín Fierro* y miembro de FORJA el poeta vanguardista proponía la nacionalización de las empresas de ferrocarriles, yacimientos petrolíferos y una parte del intercambio nacional.²²

Otro intelectual liberal, pero sin vínculos personales con el campo de FORJA, y colaborador de *SUR* y del Colegio Libre de Estudios Superiores fue el historiador José Luis Romero, cuyas vacilaciones y reservas ante una alianza pro-aliada fueron muy significativas para comprender una posición cercana al neutralismo hasta Pearl Harbor. La serie de artículos que Romero escribió en el órgano del campo aliadófilo, *Argentina Libre*, entre 1939 y 1941, revelan a un demócrata que se debatía por vislumbrar con claridad una situación internacional que lejos estaba de aparecer dividida en una tajante dicotomía hegemónica que oponía, por un lado, el totalitarismo del Eje y, por el otro, a las potencias aliadas democráticas. A diferencia de los intelectuales de la revista *SUR*, Romero reflexionaba, inmediatamente después de la caída de París, no en términos de una inminente amenaza ideológica y militar imperialista del nazismo –al que condenaba en términos éticos y culturales–, sino que ensayaba una evaluación de los riesgos hegemónicos de los dos bloques imperiales en beligerancia; el 27 de junio de 1940 escribía:

"El régimen nazi recoge la más tristes de las supremacías; y las reticencias con que algunos nos adherimos a la causa de los aliados se deben a la debilidad con que la han defendido los hijos de quienes la conquistaron y afirmaron mediante las formas jurídicas de la democracia".²³

Y, reiterando la tesis de los dos imperialismos que sostenía contemporáneamente la izquierda del campo neutralista, compañeros de ruta de los comunistas, Romero afirmaba:

"El escritor americano, que repudia toda coacción a la libertad individual, debe acostumbrarse a repudiar también con igual energía los atentados contra la libertad de su país y de los países americanos. En tal sentido, la política imperialista debe ser condenada donde se la encuentre, y debemos confesar que se la encuentra en ambos bandos: más blanda e insidiosa en uno, más fuerte y prepotente en otro".²⁴

La adhesión a la causa aliada, pues, era para Romero, a fines de 1940, la opción por una "coacción menos dura": bregaba por una asociación de tipo federativa de naciones americanas que respondiera a la necesidad geopolítica de enfrentar la constitución de estructuras imperiales europeas, según la tradición bolivariana, que el historiador filiaba en la Liga Aquea de la Grecia antigua. Esta posición geopolítica, y no ideológica, también lo diferenciará a Romero de otros liberales del grupo SUR, aun después de la invasión nazi a la URSS. En julio de 1941 Romero insistía en pensar los riesgos que creaba la guerra europea en términos económicos y políticos, y no ideológicos. De ahí que la alineación con los países aliados constituía una elección geopolítica para competir más eficazmente con los imperios ya formados, o en formación, luego de la posguerra, pero en condiciones de evitar la dominación:

"Para los países americanos, unidos por intereses y tendencias comunes y, sobretudo, por la fuerza geográfica del continente, no hay más política posible que la de una alianza continental, cuya fuerza pueda equilibrar la de las grandes masas políticas en formación o en reajuste, sin descontar el eventual auxilio de potencias solidarias –en este caso los Estados Unidos– cuya ayuda debe ser aceptada en condiciones tales que no pueda convertirse en una nueva dominación: sólo la alianza continental puede tratar de igual a igual con la gran potencia del Norte, y sólo el gran bloque continental podrá oponerse a los grandes bloques que resulten de esta contienda".²⁵

En vísperas del ingreso de los EE.UU. a la guerra, no aparecían argumentaciones ideológicas anti-nazis en el discurso geopolítico de Romero para fundamentar el sistema de alianzas de los países latinoamericanos. Países como Argentina,

"(...) impotentes para afrontar por sí solos la lucha contra los grandes bloques económicos-políticos, no tenían otra solución positiva que la constitución de alianzas útiles, sólidas y basadas en principios de interés común entre sus miembros".²⁶

El campo de la izquierda comunista no sólo adhirió a la posición neutralista, sino que además criticaba a ambos contendientes enfrentados en la Guerra Mundial acusándolos de potencias imperialistas, en especial al imperialismo anglosajón. Esta posición política filiada en el pacto Molotov-Ribbentrop, firmado en agosto de 1939, concluiría en junio, 1941, con la

invasión nazi a la URSS, abrazando el campo político comunista incondicionalmente la causa aliada. La actitud de la mayoría de los intelectuales comunistas fue la de escribir contra el fascismo y, al mismo tiempo, criticar ideológicamente al campo aliado. Durante la vigencia del pacto de no agresión Molotov-Ribbentrop, algunos intelectuales comunistas escribían en publicaciones nacionalistas cercanas a FORJA, como el diario *Reconquista*, dirigido por Raúl Scalabrini Ortiz, y donde escribían nacionalistas católicos como Manuel Gálvez y Ernesto Palacio, junto a comunistas como los escritores Alvaro Yunque y Raúl Larra.²⁷

La invasión alemana a la URSS pondrá fin al neutralismo de los militantes e intelectuales comunistas argentinos, quienes, siguiendo las directivas del Partido Comunista, hallaron compatible el neutralismo con la posición táctica del pacto de no agresión firmado por Stalin y Ribbentrop en agosto de 1939. En cambio, esos mismos intelectuales que silenciaron toda crítica al neutralismo, calificando la guerra como una lucha inter-imperialista hasta la invasión nazi a la URSS, después de junio, 1941, encabezarán la exigencia ideológica ante Castillo de alineación de Argentina junto a los Aliados democráticos y progresistas para combatir el nazi-fascismo reaccionario.²⁸

El campo político del nacionalismo y el neutralismo argentino

El campo nacionalista recién ha de influir a nivel de las decisiones gubernamentales en materia de política internacional durante el segundo período del gobierno de Castillo, a principios de 1941, y no antes. Tal como sostiene David Rock, algunos nacionalistas fueron reprimidos bajo Ortiz, como el editor de *Crisol*, Osés, y aunque éste reemplazó su periódico clausurado con *El Pampero*, que se transformó en el principal vocero del nazismo en Argentina, su tirada y alcance eran limitados. Los hermanos Irazusta y Ernesto Palacio combatieron al gobierno de Ortiz, en tanto que otros, como Carulla, se pasaron al campo liberal pro-aliado.²⁹

Si la posición de los nacionalistas se sintió estimulada por la conquista alemana de Europa Occidental, en cambio esa victoria ayudó a convencerlos más de la necesidad del neutralismo que la de transformarse en epígonos locales del nazismo. Roberto de Laferrere es el caso más interesante para estudiar el pasaje de un nacionalista francófilo a un nacionalista neutralista, que, al mismo tiempo que odiaba al comunismo, se oponía al imperialismo británico y resistía la inmigración judía, pero tampoco aceptaba ningún tipo de vínculo con los grupos nazis: "Hoy nuestros peores enemigos son los ingleses y los judíos. Mañana podrían ser los Yankees y los alemanes", sostenía en febrero, 1941.³⁰

Sin embargo, esa influencia fue mucho menor de lo que se admite. Mucho más importante fue el acercamiento de Manuel Fresco a la política neutralista de Castillo, a pesar de que los nacionalistas lo consideraban un populista conservador, y varios miembros del Partido Conservador lo acusaban de fascista. Desde la Unión Nacional Argentina Patria, fundada en 1941, Fresco empezó a bregar por la neutralidad al tiempo que adhería a las ideas corporativas obreras fascistas, componentes principales del discurso político de su periódico *Cabildo* durante 1942. Sin embargo, el enfrentamiento de Fresco con el ala mayoritaria del Partido Conservador impidió que influyera decididamente sobre el gobierno de Castillo. En 1943 la Unión Nacional Argentina Patria se unirá a la principal organización nacionalista, la Alianza de la Juventud Nacionalista, liderada por el general Juan Bautista Molina, quien poco tiempo después sería expulsado de la Alianza, precisamente por haberse aliado con Fresco.³¹ Previamente Molina había fracasado en su intento de inscribir como partido político al Consejo Superior del Nacionalismo Argentino en 1941, un esfuerzo fallido de agrupar a todas las organizaciones nacionalistas con miras a las elecciones de 1943.³² Pero ni el populismo fascista de Fresco ni el nacionalismo radical y movilizador de la Alianza, con sus ideas de justicia social, consiguieron influir sobre el delicado equilibrio de fuerzas del gobierno conservador de Castillo.

Intelectualmente, ninguno de los grupos nacionalistas más politizados influyó en el neutralismo a ultranza del gobierno de Castillo. Por el contrario, *Nuevo Orden*, órgano del nacionalismo republicano dirigido por Ernesto Palacio y donde escribían los hermanos Irazusta, atacó el continuismo del régimen conservador a través del gobierno de Castillo, aun cuando diferenciaban la política internacional neutralista de Castillo, que compartían por motivos distintos a los suyos. También la derecha no republicana y pro-golpista de *Nueva Política*, dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo y Federico Ibarguren, entre 1940-1943 combatía al régimen conservador, aunque coincidía por sus propias razones con el neutralismo de Castillo.

Un eco de este enfrentamiento tuvo lugar a principios de octubre: una delegación de oficiales presentó un ultimátum a Castillo exigiendo, entre otras demandas, la disolución del Consejo Deliberante, el retiro del general Justo de la actividad política, la declaración del estado de sitio y el mantenimiento de la neutralidad. Castillo aceptaría varias de estas demandas. En cambio, fue en mérito del neutralismo de Castillo que ciertos grupos nacionalistas doctrinarios y grupos filo-fascistas le dispensaran su apoyo, silenciando las críticas al régimen conservador en materia política y económica interna. Por su parte, Castillo utilizó hábilmente ese apoyo del nacionalismo neutralista filofascista, tanto entre sectores civiles como oficiales del Ejército, para resistir los embates de la oposición interna del frente democrático, así como

las presiones norteamericanas, al tiempo que evitaba irritar a sectores importantes neutralistas –pero pro-Aliados– del Partido Conservador.

El campo del nacionalismo que apoyaba a Castillo, por su parte, hizo circular un documento titulado "Plebiscito por la Paz", que, según los responsables de la iniciativa, obtuvo cerca de un millón de adhesiones firmadas. Acosado por la oposición interna y sometido a presiones cada vez más fuertes de los Estados Unidos, Castillo buscó reforzar sus apoyos nacionalistas no sólo en el seno de políticos conservadores pro-Eje como Manuel Fresco, y nacionalistas como José Luis Torres, y agrupaciones del tipo de Afirmación Argentina, sino también en el ejército de generales fuera de la influencia del General Justo, como el Gral. Pedro P. Ramírez, que reemplazó, en noviembre de 1942, al general Tonazzi, ministro de Guerra adicto a la línea de Justo.³³ Simultáneamente, la policía aplicaba restricciones a la libertad de prensa contra diarios pro-Aliados como *Crítica* y *Argentina Libre*, prohibiendo, además, a los diarios publicar información sobre la labor de la Comisión de Actividades Anti-Argentinas de la Cámara de Diputados y ordenando la detención de los líderes del Partido Comunista.

La oposición pro-aliada buscaba desenmascarar el apoyo a Castillo de estos grupos filonazis haciendo creer en su discurso propagandístico anti-nazi y rupturista que el gobierno apañaba una decidida política pro-Eje, con el designio de desacreditar su política interna y utilizando, para tal fin, la política neutralista a ultranza del gobierno.

Sin embargo, los conservadores no se engañaban de las denuncias de la oposición democrática. El neutralismo de Castillo, más bien, halló amplio apoyo político en el seno mismo del Partido Demócrata Nacional, no por coincidir con las ideas del Eje sino por representar los intereses de invernaderos y ganaderos pro-británicos que estaban interesados en garantizar el flujo de sus exportaciones a Gran Bretaña. En mayo de 1942, Miguel Angel Cárcano, embajador argentino en Londres, explicaba al canciller Anthony Eden la neutralidad argentina con el argumento de que la eventual entrada en la guerra, o la ruptura con el Eje, dificultaría la navegación de buques argentinos a Gran Bretaña, por tanto la neutralidad era una política lógica para la Argentina y provechosa para Gran Bretaña. No obstante, en un informe confidencial al canciller argentino, expresaba el embajador en Londres su preocupación por la desconfianza británica ante el estricto neutralismo argentino. Ruiz Guiñazú, por su parte, le replicó que el gobierno argentino no trataba como beligerante a Gran Bretaña, le ofrecía combustible y puertos, le vendía a crédito, sin intereses ni plazos, y hacía donación de alimentos y ropas, amén de recordarle a Cárcano que había procurado hacer gestiones de protección a los prisioneros aliados en el Extremo Oriente.³⁴ Ambos diplomáticos, entonces, no podían conocer la

documentación del departamento latinoamericano del *Foreign Office* para ese mismo año 1942, en la que se explicaba con total claridad la política de tolerancia de Gran Bretaña hacia la neutralidad argentina.

El jefe de ese departamento del *Foreign Office*, Victor Perowne, escribió un documento interno muy significativo, en el que discrepaba lúcidamente con la política de sanciones aplicada por los EE.UU. contra la Argentina, denunciaba de injusta la discriminación que sufría el país respecto de otros países neutrales que mantenían relaciones con los alemanes y ponía en duda que los intereses de defensa hemisféricos se hubieran visto afectados de modo indirecto y adverso por el supuesto accionar del servicio de espionaje alemán. Mas eran, básicamente, argumentos económicos los que prevalecían en su tolerancia hacia la neutralidad argentina:

"Aun cuando la política de neutralidad nos hubiese causado un grave daño directo, no nos hallamos en posición de aplicar ninguna sanción eficaz contra la Argentina. No sólo estamos obligados actualmente para con ella por las grandes provisiones de carne (...) y otras materias primas, sino que hay que tener en cuenta nuestros vastos intereses en Argentina, como así también la esperanza que tenemos en exportar nuestros bienes manufacturados a ese país y ayudarle en su desarrollo posterior en el período de posguerra..."³⁵

A diferencia de la propaganda antiargentina de los EE.UU. basada en la quinta columna nazi, los británicos pusieron el acento en los beneficios económicos y políticos de orden interno argentino para explicar la tenaz posición neutralista de los gobiernos conservadores.³⁶ Por su parte, durante la faz expansiva de la guerra, algunos documentos alemanes también aluden a promesas de compensación económica que recibirían Argentina y los otros países latinoamericanos por su política neutral, basadas en el inmenso potencial abierto para sus productos en la Europa de posguerra tras la victoria del Eje.³⁷

Las simpatías ideológicas de algunos grupos nacionalistas hacia la Alemania nazi pesaban mucho menos que las consideraciones económicas y estratégicas de la Cancillería alemana para diseñar su política exterior respecto a la Argentina de los gobiernos conservadores. Algunos historiadores han citado de la documentación alemana los elogios para el gobierno de Castillo después de su enfrentamiento a las presiones de EE.UU. para terminar con el neutralismo en la Conferencia de Río, en enero 1942. Castillo se habría transformado, para el embajador alemán en Buenos Aires, en el único hombre de confianza del Tercer Reich, y pedía a Berlín amplio apoyo,

sin presentarlo como simpatizante del nacionalsocialismo; incluso se cita la partida de 150.000 marcos como donación secreta para la campaña electoral de renovación de la Cámara de Diputados y las elecciones en Capital Federal y en varias provincias, de marzo 1942, en las que la Concordancia obtuvo resultados inesperadamente favorables en el Congreso y ganó en varias provincias.³⁸

Sin embargo, casi no se conoce la reacción alemana inmediatamente después que la Cancillería alemana percibió la posibilidad de perder a los dos únicos países neutrales que resistían, con creciente dificultad, a las presiones norteamericanas. En efecto, Berlín empezó a amenazar incluso con la fuerza para disuadir a Chile y Argentina de seguir el ejemplo del bloque de países que rompieron relaciones diplomáticas. Argentina solicitaba seguridades y garantías alemanas para continuar con su política neutral en una coyuntura de inmensas presiones anglo-americanas. Pero, en julio 1942, Ribbentrop creyó oportuno dejar de lado las seguridades y promesas económicas ofrecidas como compensación al neutralismo argentino y chileno y oponer a la presión de los EE.UU. sobre esos países también una contrapresión alemana, que incluía la amenaza disuasiva del uso de la agresión armada.³⁹ Bien poco le valieron a Alemania esas amenazas, puesto que, en enero 1943, Chile romperá relaciones diplomáticas con el Eje y Argentina lo hará un año después. En esa coyuntura, difícilmente se pueda atribuir al neutralismo de Castillo una filiación ideológica y política con la Alemania nazi. Tal como lo caracterizaba Ribbentrop en sus instrucciones a la embajada de Buenos Aires, los países latinoamericanos eran "naciones débiles" y, por consiguiente, debían ser tratados con mano dura para obligarlos a no abandonar la neutralidad.

Pero quizá el testimonio ofrecido por los artículos en *Nuevo Orden*, desde mediados de 1941 hasta fines de 1942, sea la más importante fuente del campo nacionalista para desmistificar la verdadera índole del neutralismo del gobierno de Castillo y conocer el deslinde político entre los móviles de los sectores conservadores neutralistas pro-británicos y el de los neutralistas filo-fascistas que apoyaron al gobierno.

En junio de 1941 Ernesto Palacio denunciaba la trampa de Castillo tendida a los nacionalistas que se entusiasmaban con el neutralismo para ganar su apoyo, olvidando la verdadera naturaleza socio-económica y política del régimen conservador:

"Lejos de constituir una esperanza para nuestro movimiento (porque la neutralidad no es más que un episodio y queda por ver dónde irá a parar en caso de una decisiva presión yanqui), el doctor Castillo no es más que un gobernante del Régimen, cuyo

espíritu encarna a la perfección (...) Como el nacionalismo –se pensaba– no puede llegar al gobierno, esperamos en la acción de algún nacionalista ‘tapado’ que se encarama por medio de los partidos y que después rompa con ellos y nos llame a nosotros. Así, algunos nacionalistas de entonces empezaron creyendo en Justo, luego se desengañaron y creyeron en Roca; después creyeron en Martínez de Hoz; después en Fresco. Ahora le toca el turno al doctor Castillo. Es hora de acabar con estas ilusiones".⁴⁰

Meses después, Ernesto Palacio denunciaba, desde una posición nacionalista republicana, el cercenamiento de las libertades civiles, en particular la libertad de prensa y de reunión, la censura ideológica y la represión a la oposición del gobierno de Castillo. Palacio criticaba, en diciembre de 1941, lo que caracterizaba de "crisis de la ciudadanía" por el apoyo oportunista de los grupos nacionalistas filofascistas a Castillo debido a la posición neutralista del gobierno y por su política represiva a las libertades públicas. Incluso denunció el apoyo de grupos nacionalistas a la prohibición del gobierno de realizar actos públicos a *Acción Argentina*, que atacaba el neutralismo de Castillo y acusaba indiscriminadamente de agentes nazis a los nacionalistas:

"Si se postula que la libertad de opinar lesiona al gobierno, queda suprimida de hecho toda posibilidad de oposición; es la fórmula misma de la tiranía. Si, en cambio, se acepta el control de la opinión pública para los actos gubernativos, es absurdo limitar la libertad de crítica, precisamente en materia de política internacional...".⁴¹

Rodolfo Irazusta había denunciado, en agosto de 1941, el apoyo oportunista al "gobierno fuerte" de Castillo por parte de demoliberales conservadores y de nacionalistas doctrinarios seducidos por el neutralismo gubernamental y, especialmente, por las medidas represivas del ministro del Interior, Culaciati, contra el derecho de reunión y los atropellos de la comisión investigadora parlamentaria contra los derechos de los extranjeros.⁴² En marzo, 1942, Irazusta volverá a criticar el entusiasmo de grupos nacionalistas que veían confirmadas sus esperanzas de compartimiento del poder a través de alentar el neutralismo del gobierno:

"Todo esto se explica por las satisfacciones que da continuamente el actual gobierno a los filofascistas, con sus constantes ataques a las libertades ciudadanas. La coincidencia de éstos

con los más crudos liberales, en todo lo que toca a las libertades populares, es perfecta. De ahí esa atracción simpática que los une y se manifiesta en el común designio de impedir las manifestaciones de la voluntad popular (...) Tales actitudes son de una responsabilidad tal, que pueden equipararse a la estupidez con que los políticos radicales asocian su causa interna a la batalla de los anglo-sajones por el dominio del mundo. El país está cada día más entregado a las fuerzas del capitalismo extranjero, con la complicidad de todos los partidos políticos, y también con los que hacen la farsa de ser enemigos de los partidos y que se complican abiertamente con el régimen..."⁴³

A fines de abril de 1942, cuando grupos nacionalistas apoyaban con mucho entusiasmo la resistencia de Castillo a las presiones de los EE.UU. para aceptar las recomendaciones de la Conferencia Panamericana de Río, Rodolfo Irazusta denunciaba que el neutralismo era una maniobra de la diplomacia británica para garantizar sus intereses frente al avance de los EE.UU. en el hemisferio:

"Nuestra situación de país explotado no ha sufrido la más leve modificación en los dos años que van de la guerra (...) seguimos pagando la guerra inglesa (...) Los ingleses de ultramar siguen siendo tan hábiles políticos como antes, aunque la estrategia de los directores del Imperio vaya de fracaso en fracaso. No se les oculta que las pretensiones yanquis pueden ser grandemente perjudiciales a la economía argentina, que les rinde pingue tributo, de ahí su oposición a que entremos a participar en los gastos de la empresa roosevelteana..."⁴⁴

Según la interpretación de Irazusta, pues, el neutralismo de Castillo, lejos de tratarse de la imposición del ala germanófila de los conservadores y del nacionalismo pro-fascista que habría desalojado a los grupos pro-Aliados, resultó ser la transacción política entre ambos grupos germanófilos y pro-británicos en el gobierno y en el Ejército. El neutralismo de los conservadores pro-Aliados se filiaba en la tradicional política pro-británica y, si resistía la presión norteamericana, no era por simpatías ideológicas con el Eje sino por haber tomado partido a favor de Gran Bretaña en la pugna subterránea de intereses triangulares anglo-americanos sobre el mercado argentino.

Las razones de la aquiescencia británica al neutralismo argentino son

desmenuzadas por Rodolfo Irazusta según el esquema de la rivalidad con los EE.UU.:

"La neutralidad que mantiene nuestro Gobierno, no es entre los bandos beligerantes, sino entre las dos grandes potencias anglosajonas, entre el mesianismo yanqui al cual le otorga el privilegio de la no-beligerancia y el interés británico, al cual le brinda todo género de garantías en el momento en que debería ser el de su liquidación (...) Para ellos (los británicos) lo primordial en nuestro caso es mantener, fortalecer y acrecentar, si se puede, su dominio económico-financiero en el país, porque de ese dominio viven, de ese dominio comen y piensan seguir viviendo y comiendo después de la contienda. A ellos no les conviene que nuestro país participe en los gastos generales de la guerra, sino en los gastos domésticos de Inglaterra. A ellos no les conviene el desquicio que acarrea una economía interior de guerra: a ellos no les conviene que las finanzas argentinas sean arrastradas a la inflación norteamericana, que desde ya nos promete una quiebra estruendosa cuando terminen las hostilidades..."⁴⁵

Los grupos nacionalistas pro-Eje influirán con su línea política recién a partir de la revolución del '43. Sin embargo, el presidente Ramírez tuvo que hacer equilibrios entre sus ministros pro-Aliados e incluso rupturistas del gabinete (Segundo Storni, Jorge Santamarina, Ismael Galíndez, Elbio Anaya) y los filo-Eje y neutralistas a ultranza (Diego Mason, Alberto Gilbert, Benito Sueyro, Edelmiro Farrell). Con el cambio de gabinete de octubre, algunas notorias figuras del nacionalismo filofascista lograron ser nominadas para ocupar carteras importantes en el gobierno de Ramírez. Sin embargo, la decisión del presidente Ramírez, tres meses después, de romper relaciones diplomáticas con el Eje, el 26 de enero de 1944, descolocó a los oficiales del GOU pro-Eje y a los ministros nacionalistas neutralistas a ultranza.⁴⁶

El testimonio de Bonifacio del Carril, un ex nacionalista neutralista que apoyó la política exterior de Castillo hasta la nominación de Patrón Costa como candidato presidencial y que también adhirió al GOU, intentaría, años después, explicar la revolución de junio de 1943 básicamente como una respuesta a la violación del neutralismo y al peligro comunista de las agrupaciones pro-aliadas. Miembro del Movimiento de la Renovación, constituido a mediados de 1941, junto con sus camaradas intentó ejercer influencia sobre la política exterior de Castillo. El programa del Movimiento en diciembre de 1941 era anti-liberal, neutralista, corporativo y anti-

capitalista, sin declararse pro-Eje. Bonifacio del Carril participará en el ala más extremista del nacionalismo durante la revolución de 1943, al aceptar, en octubre, la Sub-Secretaría de Interior junto al general pro-nazi Luis Perlinger, nominado ministro del Interior el 14 de octubre.

Bonifacio del Carril desmentirá en sus memorias de 1959 que algunos jefes y oficiales del GOU trabajaban para el triunfo del Eje, al punto que Ramírez habría adoptado una postura internacional más cercana a los Aliados que Castillo:

"No lo creo de ninguna manera. Por lo demás, los hechos demuestran que, una vez apoderados los militares del gobierno, ejecutaron con presión extranjera o sin ella (...) actos favorables a las naciones aliadas que el gobierno de Castillo se había negado a realizar: la ruptura de relaciones con los países del Eje en enero 1944 y la declaración de guerra en mayo 1945. Ocurrió, simplemente, que los militares que tenían la fuerza y que la prestaban al doctor Castillo resolvieron que debían ser ellos y no el sucesor de Castillo quienes habrían de establecer las condiciones y circunstancias en las que se romperían o no las relaciones con los países del Eje, y en las que se entraría o no en la guerra. Para dar por terminado este punto, haré notar que en agosto de 1943 el Canciller argentino Almirante Storni se dirigió a los Estados Unidos pidiendo armas, actitud nada elogiable, por cierto, que provocó el escándalo entonces notorio, pero que fue apoyada por los principales jefes dirigentes del GOU, siendo como lo era, por cierto, totalmente incompatible con cualquier propósito de herir los intereses del Eje".⁴⁷

En realidad, a pesar de la inmediata amonestación pública de Ramírez por la carta de Storni al Secretario de Estado de los EE.UU., Cordell Hull –hecho que lo obligó a renunciar–, el mismo presidente hizo conocer su posición ante los oficiales del GOU, el 5 de octubre, donde se exployó sobre los inconvenientes para el país de proseguir con la política de neutralidad, proponiendo la ruptura con el Eje. Dos días después, el canciller interino Gilbert anunció la decisión rupturista de Ramírez y oficiales como Perón se pronunciaron por mantener la neutralidad del país. Tres meses después, el propio Perón y Farrell apoyarán reservadamente la ruptura de relaciones con el Eje, obligando a renunciar a Ramírez y a los ministros pro-Eje. El coronel Perón comunicará a la embajada de Estados Unidos que era enemigo de los nacionalistas ultras –encabezados por el coronel Perlinger, ministro del Interior– y que estaba dispuesto a profundizar la ruptura con el Eje.⁴⁸

Empero, los EE.UU. se negarán a reconocer al nuevo gobierno del general Farrell.

Conclusiones

1) El neutralismo argentino no fue sólo un concepto fundamental de la política internacional argentina durante los años de la Segunda Guerra Mundial, sino constituyó un eficaz mito movilizador de la política interna, utilizado para fines opuestos, tanto por los grupos pro-Aliados como por los simpatizantes del Eje;

2) el campo político liberal y de izquierda, que conformaba la oposición a los gobiernos conservadores de Ortiz y Castillo, utilizará el neutralismo como mito movilizador de la sociedad civil y política sólo después del ascenso de Castillo al poder, para descalificarlo y combatirlo, más por razones de política interna que por consideraciones internacionales;

3) algunos intelectuales del campo liberal cultural argentino, a pesar de sus simpatías pro-aliadas, tuvieron sus reservas y condicionamientos respecto a esa alianza hasta Pearl Harbor. Significativamente, sus posiciones cercanas al neutralismo fueron formuladas hasta 1942, básicamente en términos económicos y de relaciones internacionales, y no en términos ideológicos;

4) los grupos nacionalistas no influyeron en la elaboración de la política neutralista de los gobiernos conservadores de Ortiz y Castillo. Bajo el gobierno de este último, los nacionalistas pro-Eje influyeron poco sobre el delicado equilibrio de fuerzas en que se apoyaba el gobierno de Castillo;

5) la resistencia del presidente Ramírez a las presiones y conspiraciones de oficiales del GOU para obligarlo a no cambiar la política de neutralidad testimonian una actitud internacional suya mucho más flexible que la de Castillo, y atento menos a consideraciones ideológicas que a razones pragmáticas de las relaciones internacionales a fines de 1943, hasta la ruptura de relaciones con el Eje.

NOTAS

1. Mario Rapoport inició esta tarea de desmistificación al estudiar el papel del neutralismo argentino en el contexto mayor del impacto de las relaciones internacionales durante los años de la guerra mundial con el entramado de intereses de las clases dirigentes argentinas; ver su pionero estudio: *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas 1940-1945*, Buenos Aires, 1981.
2. *La Prensa*, 7 septiembre 1939. 3. *La Prensa*, 7 octubre 1939. Ver el pedido de ruptura diplomática con el Eje en *La Prensa*, 28 enero 1942.

4. Sobre la posición oficial argentina en la Conferencia de Panamá, ver Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto - División de Asuntos Jurídicos: *Reuniones de Consulta entre Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas*, Panamá, 1939; La Habana, 1940. Participación argentina, Buenos Aires, 1941.
5. Nicolás Repetto: *Mi paso por la política. De Uriburu a Perón*, Buenos Aires, 1957, pp. 204-8; 212-3; *La Nación*, 1 julio 1940; Alberto Conil Paz y Gustavo Ferrari: *Política exterior argentina 1930-1960*, Buenos Aires, 1964; Eugene Millington-Drake (comp.): *The Drama of the Graf Spee and the Battle of the River-Plate*, London, Peter Davies, 1964.
6. Adolfo Scilingo: "Doctrina de la neutralidad a la no beligerancia: el aislacionismo norteamericano y una iniciativa argentina en la Segunda Guerra Mundial", *Jurisprudencia Argentina*, Año XXVIII, Nº 2590, 12 julio 1966; el mejor estudio de la iniciativa de Cantilo, ver en Joseph Tulchin: *La Argentina y los EE.UU.: historia de una desconfianza*, Buenos Aires, Planeta, 1990, pp. 163-172.
7. Tulchin: *ibidem*, pp. 165-166.
8. Ver la reacción contra la Ley de Orden Público en *La Prensa*, 7 y 8 junio 1940. El proyecto de ley fue repudiado tanto por la derechista Alianza de la Juventud Nacionalista como por la izquierdista Liga Argentina por los Derechos del Hombre y la reformista Federación Universitaria Buenos Aires, temerosas de las cláusulas restrictivas a la libertad de prensa y de asociación. Ver la discusión sobre el proyecto de Ley de Defensa y Seguridad Interior elevado al Congreso de la Nación, Cámara de Diputados de la Nación, *Diario de Sesiones*, 7 y 8 junio 1940. Finalmente, la Cámara de Diputados lo aprobó el 8 de junio, pero rechazando la cláusula sobre el control de prensa para censurar la denominada propaganda tendenciosa. La UCR dio apoyo a la mayoría de los artículos de la Ley de Emergencia propuesta por el Poder Ejecutivo, votando en contra de aquéllos que consideraban limitativos de la libertad de prensa en la lucha democrática contra el totalitarismo. En cambio, esos mismos artículos serán exigidos para que Castillo los apruebe durante 1941 y 1942, y su negativa merecerá el calificativo de "antidemocrático" por los diputados radicales. En junio 1940, el verdadero interés de la UCR era apoyar a Ortiz, no por su política neutralista internacional, sino por su política interna de intervenciones en las provincias de San Juan, Catamarca y Buenos Aires para enfrentarse al fraude conservador. Ver las declaraciones del diputado radical Damonte Taborda para fundamentar el apoyo a la mayoría de los artículos de la ley, *Diario de Sesiones, op. cit.*, pp. 374-75. Ver la propuesta en minoría de los socialistas, presentada por Sánchez Viamonte, pp. 360-63.
9. José Pereyra: "Pinedo y el plan económico de 1940", *Todo es Historia*, nº 131, pp. 6-28.
10. Ver la entrevista Pinedo-Alvear y sus repercusiones en la UCR, Félix Luna: *Alvear*, Buenos Aires, 1982, pp. 292-3. Durante su gira por los EE.UU., en junio 1941, Pinedo intentó convecer a los norteamericanos de que Argentina podía convertirse en un fiel aliado si flexibilizaba la política comercial competitiva frente a los productos agrícolas argentinos, a la par que procuró convencer a las clases dirigentes argentinas de la conveniencia de una reorientación hacia Washington, a pesar de los tradicionales vínculos económicos de Argentina con Europa. Ver Federico Pinedo: *La Argentina en la Vorágine*, Buenos Aires, 1943, p. 45 y ss.

El gerente general del Banco Central, Raúl Prebisch, hombre del grupo Pinedo, ya había bregado por ese *rapprochement* a mediados de julio 1940, ante la embajada de los EE.UU. en Buenos Aires, durante una coyuntura de precariedad comercial y embotellamiento en la balanza de pagos. Prebisch solicitó financiación de las importaciones argentinas a través del Eximbank y la compra de los productos de exportaciones con un tratamiento de provisiones de guerra. Consideraba que el gobierno argentino estaba en mejores condiciones que otros países latinoamericanos para colaborar con los EE.UU. en relación con la situación europea, no sólo en materia económica, sino también política. Ver el informe del embajador Armour en *Foreign Relations of the United States (FRUS)*, 1940, V, pp. 483-4.

Para una evaluación del impacto de la Guerra Mundial y el cierre de los mercados

tradicionales argentinos en el pensamiento económico de Prebisch, ver Norberto González y David Pollock: "Del Ortodoxo al Conservador Ilustrado. Raúl Prebisch en la Argentina, 1923- 1943", *Desarrollo Económico*, v. 30, nº 120 (enero-marzo 1991), pp. 477-8; 483-4.

11. Ver la colección de artículos del editor ultranacionalista de *El Pampero* recogidos por Enrique P. Osés: *Medios y fines del nacionalismo*, Buenos Aires, 1968, donde advierte del peligro comunista y judío tras las organizaciones pro-aliadas. Pero cuando los jefes del conato nacionalista de conspiración de octubre, 1941, entregaron un virtual ultimátum a Castillo, en el que exigían, entre otras demandas, la clausura del diario pro-aliado *Crítica* y la organización anti-nazi *Acción Argentina*, sólo aludían a su postura internacional. Por su parte, los demócratas aliadófilos denunciaban la alianza de los sectores pro-Eje con Castillo desde sus publicaciones, como *Argentina Libre* y *Contra*. Un botón de muestra en *Contra*, Nº 12, de marzo 1941, p.1 –periódico del Comité contra el Racismo y el Antisemitismo– asociaba la impunidad oficial que gozaban las asociaciones fascistas y la "quinta columna" con el neutralismo a ultranza de Castillo.
12. En cambio, Marcelo Sánchez Sorondo, director del periódico nacionalista *Nueva Política*, reprochaba a Castillo ese doble juego, recordándole "que no puede dedicarse a la política interna y considerarla aparte de la internacional. Ya no hay otra política que la internacional". Ver su libro: *La Revolución que anunciamos*, Buenos Aires, Nueva Política, 1945, p. 120.
13. Congreso Nacional, Cámara de Diputados-Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas: "Actividades Antiargentinas, 1940-1943", Buenos Aires, *Archivo de la Biblioteca del Senado*; *ibidem*, Informes 1-5, Imprenta del Congreso, 1941.
14. José R. Sanchís Muñoz: *La Argentina y la Segunda Guerra Mundial*, Buenos Aires, GEL, 1992, pp. 127-8.
15. La oposición en la Cámara de Diputados utilizará como uno de sus argumentos la instrumentación por el Poder Ejecutivo de la censura política interna para votar contra la sucesiva prolongación del estado de sitio durante 1942 que aprobaba la oficialista Cámara de Senadores. Ver Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*, 14 mayo 1942.
16. José R.Sanchís Muñoz: *op. cit.*, p. 157.
17. *Ibidem*, p. 158.
18. Carlos Escudé: *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949*, Buenos Aires, Ed. Belgrano, 1983, pp. 107-108; Miguel Angel Cárcano relata en sus memorias que el embajador británico, David Kelly, solicitó, después de la Conferencia de Río, su intervención para que desmintiera el rumor propalado presuntamente por la Cancillería argentina, según el cual la alianza de Gran Bretaña y los Estados Unidos sería un compromiso transitorio, impuesta por la guerra, pero que la vinculación con Argentina contaría para ella más que la de su poderosa aliada del norte, la cual se convertiría en la competidora más temible durante la posguerra.
Según su testimonio, a pesar de que Cárcano compartía con su gobierno la no ruptura de relaciones con el Eje, el embajador le dijo al presidente Castillo que comparaba la situación neutral de Argentina con la de los EE.UU. "antes de Pearl Harbor", y que Gran Bretaña lo comprende, pero, en cambio "no puede tolerar la minoría nazista y su prensa desbocada que ya interviene en la política interna". Cárcano concluía que Gran Bretaña tal vez prefería la beligerancia, aunque aceptaba el hecho de la neutralidad argentina después de Río de Janeiro ("donde no la planteó con claridad"); Cárcano recalca en sus memorias las continuas críticas que "nos hacen por la forma de conducir la neutralidad" debido a la complacencia de altos funcionarios con agentes nazis y la quinta columna.
Por último, Cárcano quiso persuadir a Castillo a conducir la neutralidad de forma que inspirase confianza y respeto a los dos bandos en lucha, porque "necesitamos asegurar la exportación de nuestros productos y prepararnos para producirlos en grandes cantidades y alimentar a Europa después de la guerra". Ver Miguel Angel Cárcano: *La Fortaleza de Europa*, Buenos Aires, 1951, pp. 264-5; 211-2.

19. Juan Antonio Solari: *América, presa codiciada, planes de dominación nazi*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1942; Congreso de la Nación, Cámara de Diputados-Comisión Investigadora de Actividades Anti-Argentinas, *Situación del agregado cultural de la embajada alemana, octubre 1942*, Buenos Aires, 1942; *ibidem*, *Un centro de actividades antiargentinas, noviembre 1942*, Buenos Aires, 1942; *ibidem*, *Agentes totalitarios en el campo religioso, la Unión Germánica en la Argentina, actuación del agregado naval y aeronáutico Capitán Dietrich Niebuhr, diciembre 1942*, Buenos Aires, 1942.
20. Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*, 29 septiembre 1942; *La Nación*, 30 septiembre 1942.
21. La convención de 1941 de la UCR denunció las actividades nazis en el país, se solidarizó con los Aliados y solicitó un entendimiento con los EE.UU.; ver los discursos de Lebensohn en *Problemas del Radicalismo*, Chivilcoy, mayo 1942, p. 50; *Pensamiento y Acción*, Buenos Aires, mayo 1956, p. XXV.
22. L. Senkman: "Nacionalismo e inmigración: la cuestión étnica en las élites liberales e intelectuales argentinas, 1919-1940", *EIAL*, Universidad de Tel Aviv, 1990, v. 1, no. 1, pp. 98-101; Oliverio Gironde: "Nuestra actitud ante el desastre (1940)", en Jorge Schwartz (comp.): *Homenaje a Gironde*, Buenos Aires, Corregidor, 1987, pp. 75-87.
Algunos escritores vinculados a la revista *SUR*, recién exigirán un cambio de posición de la neutralidad argentina después de la caída de París y del ingreso de los EE.UU. a la contienda mundial; ver los artículos de Enrique Anderson Imbert: "Hitler corre el amok" (*SUR*:61, oct. 1939, pp. 41-45); Carlos Alberto Erro: "La Argentina frente a la nueva guerra" (*SUR*:60, sept. 1939, pp.13-15); Eduardo González Lanuza: "Posición del escritor frente a la actual guerra europea" (*SUR*:61, oct. 1939, pp. 30-35), y comparar con la urgencia pro-aliada de los artículos de Victoria Ocampo: "Carta a Francia" (*SUR*:69, junio 1940, pp. 70-71); Carlos Alberto Erro: "1917 y 1941" (*SUR*:87, dic. 1941, pp. 10-16); María Rosa Oliver: "El día marcado en los anales de la infamia" (*SUR*:87, dic. 1941, pp. 17-20).
Realizamos un análisis de historia intelectual sobre el impacto ideológico y literario en algunos escritores del grupo *SUR* durante la Segunda Guerra Mundial, en Leonardo Senkman: *Los intelectuales liberales y la guerra mundial: los escritores de Sur* (libro en preparación).
23. Los artículos sobre el neutralismo y la situación internacional publicados por el historiador José Luis Romero durante 1940-42, a diferencia de su visión esencialmente ideológica cuando escribió sobre aquellos años en la inmediata posguerra, adquieren una riqueza y complejidad interesantes al incorporar a su análisis la dimensión económica y política. En contraste, el capítulo "La línea del fascismo", que el historiador socialista agregó para la segunda edición de 1956 a su libro *Las ideas políticas en Argentina* (publicado originalmente en 1946), intentaba explicar la división entre aliadófilos y neutralistas según la versión que atribuía a los primeros la influencia del Nacionalismo y las ideas nocivas de los agentes nazis en los años de la guerra. José Luis Romero: "El escritor frente a la guerra", *Argentina Libre*, 27 junio 1940.
24. *Ibidem*.
25. José Luis Romero: "El problema de las alianzas", *Argentina Libre*, 17 julio 1941.
26. José Luis Romero: "La política exterior y sus supuestos", *Argentina Libre*, 31 julio 1941.
27. A diferencia de Brasil, aún no se investigó el tipo de colaboración que ofrecieron intelectuales del Partido Comunista argentino en publicaciones de sectores nacionalistas pro-Eje durante la vigencia del pacto de no agresión Molotov-Ribbentrop. Para el caso brasileño, ver el libro de Joel Silveira y Geneton Moraes Neto: *Hitler- Stalin: el pacto maldito*, São Paulo, Editora Record, 1989, donde se documenta la colaboración de escritores comunistas (el más notorio fue Jorge Amado) en revistas pro-nazis financiadas por la embajada del Tercer Reich.
Para el caso argentino, llama la atención que las memorias de María Rosa Oliver sobre el período de la guerra mundial se saltan aquellos años del pacto (agosto 1939-junio 1941); en la cronología elegida por la escritora, prefirió "olvidar" los años que van desde el fin de la

Guerra Civil Española para empezar a recordar la contienda sólo a partir de la invasión nazi a la URSS y la inmediata alianza con las fuerzas democráticas anti-fascistas luego de Pearl Harbor. Ver en su libro *Mi fe es el hombre* (Buenos Aires, Carlos Lohle, 1977) el elocuente salto en la cronología de sus memorias, del capítulo II –consagrado a los refugiados republicanos españoles en Buenos Aires– al capítulo III, "Junta de la Victoria", donde la ex colaboradora de Unión Argentina de Mujeres y Ayuda a la España Republicana relata como se aprestaba simultáneamente a luchar por la salvación del socialismo y de la democracia norteamericana luego de la agresión japonesa en diciembre, 1941, pp. 41-45.

Distinto fue el caso de Ernesto Giúdice, dirigente del Partido Comunista, quien durante los años del pacto de no agresión, a la par que adhirió al neutralismo, también reflexionó acerca de la naturaleza de la cuestión nacional argentina y su dependencia económica de los centros hegemónicos europeos, pero sin hacer concesiones a los grupos filofascistas criollos. Ver su libro, publicado en 1940, *Imperialismo inglés y liberación nacional*.

28. Los vuelcos en las posiciones internacionales del Partido Comunista, antes y después de junio 1941, del neutralismo a ultranza a la beligerancia total, están reflejados, sin autocritica alguna, en los documentos del dirigente Victorio Codovilla, uno de los ideólogos del frente democrático anti-nazi, suerte de Unión Nacional para alinearse junto a los Aliados, germen en la inmediata posguerra de la Unión Democrática anti-peronista. Ver los antecedentes en los opúsculos: *Hay que derrotar a la camarilla nazi del G.O.U.*, Buenos Aires, Anteo, 1944 y *En marcha hacia un mundo mejor*, Buenos Aires, Partido Comunista, 1945; para una visión crítica, ver Ernesto Giúdice: "El surgimiento de una nueva realidad social argentina (1943-1945)", *Todo es Historia*, N° 193, junio 1983, pp. 53-54.
29. David Rock: *Authoritarian Argentina. The Nationalist Movement, its History and its Impact*, Berkeley, University of California Press, 1993, pp. 128-9. Después de la defección de Juan Carulla de las filas del Nacionalismo, escribirá contra el presidente Castillo, haciéndolo responsable del ascenso de los sectores filonazis en el país; ver sus memorias: *Al filo del medio Siglo*, Paraná, 1951, pp. 331, 340.
30. *El Fortín*, febrero 1941.
31. Enrique Zuleta Alvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, t. II, pp. 493-5.
32. Ver la denuncia del nacionalismo republicano al acercamiento del general Juan Bautista Molina a Fresco en *La Voz del Plata I*, n° 1, 25 junio 1942 y n° 4, 1 julio 1942; E. Zuleta Alvarez, *op. cit.*, p. 294.
33. Ronald H. Dolkart: "The Right in the Década Infame, 1930-1943", in Sandra McGee Deutsch and Ronald H. Dolkart: *The Argentine Right. Its History and Intellectual Origins, 1910 to the Present*, Delaware, Scholarly Resources, 1993, pp. 90-93; ver el testimonio sobre el apoyo de los Nacionalistas a la política neutralista de Castillo en las memorias de Carlos Ibarguren: *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, pp. 475-477.
34. El primer ministro británico, Anthony Eden, le observó a Cárcano que, luego de la conferencia de Río, la actitud de Argentina sorprendió a Gran Bretaña: "Ustedes son los amigos difíciles", exclamó, "Vuestra actitud favorece a Hitler". Ver Miguel Angel Cárcano, *op. cit.*, pp. 73 y ss.
35. *Foreign Office*, A 3068/4/2, Minuta del señor Perowne, 30 marzo 1943, traducida y transcrita en Mario Rapoport: *Aliados o neutrales. Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial*, Buenos Aires, 1988, pp. 309-310.
Ver en esa misma compilación documental el Informe Anual del embajador David Kelly a Anthony Eden (1942) sobre la imposibilidad de Gran Bretaña de emplear las negociaciones para la compra de carne argentina como arma de regateo político a los efectos de presionar para la ruptura de relaciones diplomáticas con el Eje. En contraposición, señala el mayor margen de maniobra de los EE.UU. debido a su control de materias e insumos. No obstante, es consciente de la inoperancia de estas sanciones por el hecho de que los argentinos conocían

- la política diferente del grupo industrial y financiero de Rockefeller, proclive a expandir sus intereses después de la posguerra; *Foreign Office*, A 3903/11/2, en *op. cit.*, pp. 311-313.
36. *Foreign Office*, A 600/11/2, Despacho de Hodow a Eden, Buenos Aires, 6/1/1943.
 37. *Politisches Archiv des Auswartigen Amtes*, AA, Bonn R29760, Ribbentrop a las Misiones Diplomáticas en Iberoamérica.
 38. Cristian Buchrucker: *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, 1987, p. 225. Entre los candidatos de la Concordancia había 12 amigos personales del embajador alemán, como Alberto Uriburu, Urbano Iriondo y Luis Polledo, ver *Bundesarchiv Potsdam*, 09.01,13317, informe del embajador Moynen al AA, Buenos Aires, 31/1/42.
 39. *PA/AA Bonn*, R 29557, Carta de Ribbentrop a los embajadores de Alemania en Santiago y Buenos Aires, 22/7/42.
 40. Ernesto Palacio: "El Nacionalismo contra Castillo y contra el régimen que representa", *Nuevo Orden*, II:47, 4 junio 1941, p. 2.
 41. Ernesto Palacio: "Las libertades públicas", *Nuevo Orden*, II:73, 3 diciembre 1941, p. 1.
 42. Rodolfo Irazusta: "Los filofascistas malmanejan la tónica creada por el Nacionalismo", *Nuevo Orden*, II:58, 20 agosto 1941, pp. 1-2.
 43. Rodolfo Irazusta: "Doctrinas internacionales", *Nuevo Orden*, II:84, 4 marzo 1942, p. 3.
 44. Rodolfo Irazusta: "Inhibición gubernamental y Neutralidad", *Nuevo Orden*, II:92, 29 abril 1942, p. 4.
 45. *Ibidem*.
 46. Richard J. Walter: "The Right and the Peronists, 1943-1955", in Sandra McGee Deutsch and Ronald H. Dolkart: *op. cit.*, pp. 102-104; Robert Potash: *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945: Yrigoyen to Perón*, Stanford, 1969, pp. 242-4. Sobre las presiones sobre Ramírez para mantener el neutralismo ver las actas secretas del GOU en R. Potash: *Perón y el GOU: los documentos de una logia secreta*, Buenos Aires, 1984, pp. 347-350, y sobre el golpe que obligó a desplazar a Ramírez después de la ruptura de relaciones con el Eje, ver pp. 399 y ss.
 47. Bonifacio del Carril: *Crónica interna de la Revolución Libertadora*, Buenos Aires, 1958, pp. 26-7.
 48. Robert Potash: *Perón y el GOU*, *op. cit.*, pp. 266, 351-63; José Sanchis Muñoz: *op. cit.*, pp. 263, 271. Ver el análisis de Mario Rapoport, *Política y Diplomacia en la Argentina. Las relaciones con EE.UU. y la URSS*, Buenos Aires, 1987, pp. 101-103.